

**María Dolores Béjar**

# Historia del siglo XX

**CUARTA  
EDICIÓN**

Europa, América, Asia, África y Oceanía

biblioteca básica de historia

# Índice

[Tapa](#)

[Índice](#)

[Colección](#)

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[1. La era del imperialismo](#)

[2. La Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa](#)

[3. El período de entreguerras](#)

[4. De la Segunda Guerra Mundial a la caída del Muro](#)

[5. Los años dorados](#)

[6. El Tercer Mundo](#)

[7. Fin de una época](#)

[8. Crisis y desintegración del Tercer Mundo](#)

[Epílogo. Entre lo que se derrumba y lo que emerge](#)

[Anexo](#)

## Bibliografía

colección  
**biblioteca básica de historia**

Dirigida por Luis Alberto Romero

María Dolores Béjar

# HISTORIA DEL SIGLO XX

Europa, América, Asia, África y Oceanía



---

Béjar, María Dolores

Historia del siglo XX: Europa, América, Asia, África y Oceanía. 1ª ed. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2015. (Biblioteca básica de historia // Dirigida por Luis Alberto Romero)

Libro digital, EPUB

ISBN 978-987-629-596-3

1. Historia Universal. I. Título

CDD 909

---

© 2011, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Edición al cuidado de Yamila Sevilla y Teresa Arijón

Realización de mapas: Gonzalo Pires

Diseño de portada: Peter Tjebbes

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: agosto de 2015

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-596-3

*A Juan Carlos Grosso y Hugo del Campo, dos amigos  
entrañables cuya compañía sigo extrañando.*

# Introducción

Los hilos centrales que recorren este libro remiten al afán de ofrecer un panorama básico de los cambios y continuidades que forman el suelo sobre el que se apoya el presente. Esta búsqueda se vio guiada por tres ideas principales. En primer lugar, el reconocimiento de la necesidad de avanzar hacia una historia mundial y, al mismo tiempo, la certidumbre de que sólo ha sido posible delinear algunos trazos centrales en este sentido. En segundo lugar, la convicción de que las dimensiones que conforman la realidad social son muchas (política, económica, social, ideológica, los espacios privados...) y se combinan de modos diversos; este texto se concentra, principalmente, en los aspectos económicos, políticos y las relaciones internacionales. En tercer lugar, la certidumbre de que la historia se procesa a través de la articulación entre lo que nos viene dado, lo que decidimos y hacemos y las irrupciones del azar; debido a su carácter general, aunque no se dejen de lado las acciones de los sujetos, en este trabajo predomina el peso de las estructuras.

Al modo de un mapa que sólo registra las principales rutas, pero no consigna las calles de los distintos barrios, este texto no incluye relatos específicos sobre las diversas experiencias vividas por los seres humanos en el "mundo contemporáneo". El desafío ha sido inmenso, y si lo llevé a cabo es porque mi vocación docente acabó imponiéndose a mis limitaciones para concretar esta tarea.

En la base de este trabajo se entretejen las reiteradas y por momentos angustiosas ocasiones en que me sentí "obligada" a reformular los programas de Historia del Siglo XX, materia de la que soy profesora desde el retorno de la democracia en 1983. Qué texto tan diferente habría escrito en los años ochenta, cuando comencé a dar clases en la Universidad de Tandil. E incluso en la década de 1990, después de la caída

del Muro, cuántas cuestiones que hoy pueden ser aprehendidas habrían sido soslayadas.

La realización del proyecto significó tomar algunas decisiones que me gustaría explicitar. La primera y nada sencilla fue la de responder al interrogante: ¿cuándo comienza la historia del mundo actual? En el momento en que nació este proyecto, ya existía una definición con amplio consenso: la Primera Guerra Mundial inauguraba el *siglo XX corto*, según la propuesta del historiador Eric Hobsbawm. Sin embargo, en las aulas siempre había recurrido a la era del imperialismo para explicar el mundo contemporáneo, y con mayor convencimiento a medida que se desplegaba la globalización. Y esto en virtud de que, aunque reconozco el profundo quiebre que significó “la guerra total” en la historia de Occidente, considero que la expansión de las metrópolis capitalistas, con su impacto simultáneamente destructivo y creativo sobre el resto del mundo, ofrece claves insoslayables para una historia mundial.

La segunda decisión remite a la organización del espacio. Al respecto, acabé adoptando agrupamientos “didácticos” sin perder de vista que los grupos de países y regiones propuestos no pueden reconocerse en todos los momentos de la historia contemporánea debido a las hondas transformaciones del mundo actual. Desde el inicio de esta historia hasta su conclusión existen, aunque no con las mismas denominaciones ni los mismos integrantes, dos grandes conjuntos: el de los países capitalistas más o menos estables y desarrollados y el de las sociedades que –ya sea como colonias o como naciones subdesarrolladas, dependientes o del sur– no integran el grupo anterior. Un tercer conjunto, los estados comunistas, tuvo una presencia significativa entre 1917 y 1991, mientras que hoy sólo existen experiencias aisladas, como la de Corea del Norte, o muy ambiguas, como la de China. Como un ejemplo de la dificultad de establecer recortes taxativos, el lector encontrará que, a lo largo de este texto, China recorre las tres categorías mencionadas.

Por otra parte, el análisis de estos tres espacios ha sido organizado en cinco grandes períodos: la era del imperio y su derrumbe (1873/1914/1918), la crisis del liberalismo y del capitalismo y la consolidación del régimen soviético (1918-1939/1945), los años dorados en el marco de la Guerra Fría

(1945-1968/1973), la crisis del capitalismo y la disolución del bloque soviético en el mundo bipolar (1973/1979-1989), y, entre lo que se derrumba y lo que emerge, la globalización neoliberal (1989/1991-2010).

En cada uno de estos momentos se ha intentado caracterizar los diferentes grupos de países y regiones así como describir sus relaciones. El pasaje de un período a otro se basa en la identificación de una serie de cambios significativos en diferentes dimensiones (principalmente en el plano político, económico, ideológico y en el de las relaciones internacionales). Cabe aclarar que la trayectoria de los países capitalistas desarrollados ha sido tomada como referente principal de esta organización temporal, de ahí que la periodización se vea afectada por cierto grado de ambigüedad y tensiones cuando se incluye el resto del mundo.

En los capítulos 1 y 2 se aborda el primer período; el capítulo 3 recorre el segundo momento; el capítulo 4, dedicado a las relaciones internacionales, atraviesa todos los períodos a partir de 1945; los capítulos 5 y 6 analizan los años dorados, en el primer caso, enfocando el relato en las sociedades capitalistas centrales y en el espacio comunista, y en el segundo, en el Tercer Mundo. Los dos últimos capítulos caracterizan la crisis que se desencadena a partir de la década de 1970: el capítulo 7 se concentra en el mundo capitalista metropolitano y en el bloque soviético; el capítulo 8, en el ex Tercer Mundo. El epílogo, y en parte también los dos capítulos finales, plantean consideraciones básicas sobre el tiempo presente, el de la globalización neoliberal.

Al final del texto se incluyen cuadros y mapas que ayudan a visualizar el reparto de África, Asia y Oceanía en la época del imperialismo y la posterior emergencia de los estados nacionales en virtud de las independencias concretadas a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial.

En mi historia profesional siempre se combinaron mis propios deseos y esfuerzos con el apoyo, la mano tendida, la escucha atenta, la pregunta oportuna de los otros: los colegas y muy principalmente los alumnos, algunos de ellos hoy compañeros de trabajo con quienes comparto proyectos de largo alcance,

como el de las Carpetas Docentes de Historia. En el caso de este libro, quiero agradecer muy especialmente a Yamila Sevilla, encargada de la mayor parte de la edición, quien con su dulzura y sabia atención realmente hizo posible que no abandonara el barco en medio del río. A Luis Alberto Romero, mi agradecimiento porque leyó este escrito dedicándole muy generosamente un tiempo difícil.

Este trabajo es resultado de una combinación de factores a los que tengo necesidad de poner palabras. Básicamente se conecta con mi pasión por la docencia, en la que pasé por todas sus instancias: maestra primaria, profesora del nivel medio y de la universidad en cursos de grado y posgrado. Todas me enseñaron, y en todas me cargué de interrogantes que me condujeron a la investigación. Este recorrido me llevó muchísimo tiempo, quizás porque nací mujer en un medio y una época en que se educaba a las mujeres para que fueran expertas amas de casa. Si llegué hasta el doctorado fue centralmente con la ilusión de elaborar contenidos claros, consistentes, que permitieran “armar” las mentes (incidir en los sentimientos también) para avanzar en la formulación de juicios propios y contribuir a una ética que conjugara la creatividad personal con el reconocimiento de que vivimos como seres humanos porque hemos abordado la construcción de sociedades.

Quizás llegué a escribir este libro porque siempre sentí con más fuerza el impulso de comprender la vida social que de intervenir activamente en su trayectoria (una limitación más que una virtud), también porque muy tempranamente me envolvieron tanto el placer del texto (todas las tardes, después de fregar como buena española, mi madre se sentaba a leer novelas) como la vivencia de que la sed de saber y la dicha de compartir preguntas y explicaciones se anudaron en mí en forma indisoluble. Con seguridad disfruté su escritura, porque pude precisar las innumerables preguntas para las que aún no tengo respuesta y, básicamente, porque perdí el temor a compartir por escrito lo que ronda mi cabeza.

Sigo caminando, como docente y ciudadana, con más ilusiones que desencantos, acaso porque no puedo ni quiero olvidar, y he decidido recordar lo que me calienta el alma.

# 1. La era del imperialismo

Un amplio consenso reconoce que la Primera Guerra Mundial fue el hito que marcó el fin del largo siglo XIX –el del avance y la consolidación de la sociedad burguesa y el capitalismo liberal en Occidente– y dio comienzo al siglo XX: un período signado por la guerra total, las crisis capitalistas, el nazifascismo, el surgimiento y el derrumbe del socialismo real, los estados terroristas y la creciente ingobernabilidad del capital asociada a la exclusión social. Dado que los grandes cambios históricos se articulan con continuidades significativas, resulta imprescindible revisar algunos procesos centrales del último cuarto del siglo XIX para comprender mejor el siglo XX. En primer lugar, la transformación del capitalismo en el marco de los desafíos planteados por la crisis de las décadas de 1870 y 1880 y el avance del capitalismo global con la expansión imperialista. En segundo lugar, la configuración de un mundo en el que las distintas regiones fueron más interdependientes entre sí, pero donde se recortaron cuatro grandes espacios: los centros capitalistas centrales; los imperios multinacionales del este europeo y parte de Asia; el mundo colonial junto con el políticamente soberano pero económicamente dependiente integrado por la mayor parte de América Central, el Caribe y América del Sur; y los antiguos imperios en crisis –persa, chino y otomano–. Y, en tercer lugar, la extendida aspiración hacia la democracia, asociada al desigual avance de la democratización en el marco del desgaste del liberalismo, socavado por tres fuerzas divergentes: la de quienes abandonaron los principios pacifistas liberales para apoyar la expansión imperialista; la del movimiento obrero que, al resistirse al desempleo, cuestionó el libre movimiento de los capitales; y la de una nueva derecha radical antiliberal y nacionalista, que politizó las diferencias étnicas y religiosas y fue capaz de movilizar a diversas capas sociales.

## Hacia una economía global

Hacia fines del siglo XIX, Alemania, Francia, los Estados Unidos, Bélgica, Escandinavia, Holanda, el norte de Italia, Rusia y Japón

ya se habían incorporado a la primera ola de industrialización iniciada en Inglaterra a fines del siglo XVIII. Esta nueva situación produjo cambios importantes: la base geográfica del sector industrial se amplió, su organización sufrió modificaciones claves, tanto en el tipo y la modalidad de las inversiones de capital como en el uso de la fuerza de trabajo, y se alteraron las relaciones de fuerza entre los principales estados. Gran Bretaña perdió protagonismo y Alemania y los Estados Unidos se convirtieron en los principales centros industriales del mundo. En 1870, la producción de acero de Gran Bretaña era mayor que la de los Estados Unidos y Alemania en conjunto; en 1913, estos dos países producían seis veces más acero que el Reino Unido.

El crecimiento económico de Rusia y Japón fue espectacular. Ambos países iniciaron su proceso de rápida industrialización partiendo de economías agrarias atrasadas, casi feudales, y sus gobiernos desempeñaron un papel decisivo promoviendo inversiones. En el caso del imperio zarista, las industrias más modernas coexistieron con una agricultura premoderna. En Japón, en cambio, el nuevo rumbo fue más equilibrado.

Los países de rápida industrialización tuvieron la ventaja de llegar más tarde y así saltar etapas que había recorrido Gran Bretaña. Alemania, los Estados Unidos y otros países de desarrollo tardío pudieron arrancar con enormes fábricas que elaboraban los productos más recientemente inventados con las tecnologías de avanzada. En el sur de Europa el proceso de industrialización fue menos integral y modificó más fragmentariamente las tramas sociales.

Así, a pesar de que la industrialización se propagó a ritmos diferentes, entre 1880 y 1914 las economías nacionales fueron insertándose poco a poco en la economía mundial y el mercado global comenzó a influir sobre el rumbo económico de las naciones en un grado desconocido hasta entonces: el sistema de comercio multilateral estimuló un notable aumento de la productividad y, al mismo tiempo, profundizó la brecha entre los países industrializados y el resto de las vastas regiones del mundo que se incorporaban al mercado mundial.

En la era del imperialismo, la economía atravesó dos períodos: la Larga Depresión (1873-1895) y, a partir de la recuperación hasta la Gran Guerra, los años dorados, la llamada *belle époque*. La crisis que inició la Larga Depresión había derivado, en gran medida, de los éxitos del capitalismo liberal. Desde media-

dos del siglo XIX, la expansión industrial había dado lugar a la intensificación de la competencia, tanto entre las industrias cuya producción crecía más rápidamente que el mercado de consumo, como entre los estados cuyo prestigio y poder habían quedado fuertemente asociados a la suerte de su desarrollo. El crecimiento económico iba cada vez más de la mano de la lucha económica que separaba a los fuertes de los débiles, y favorecía a los nuevos centros capitalistas a expensas de los viejos. El optimismo sobre el progreso indefinido dio paso a la incertidumbre derivada de los contundentes cambios, que evidenciaban que ya nadie tenía una posición asegurada en el mundo.

La Larga Depresión no consistió en un colapso económico sino en un declive continuo y gradual de los precios mundiales. La competencia inducía a bajarlos, lo que provocaba una merma en las ganancias. Para contrarrestar este obstáculo a la rentabilidad, se desarrollaron varias estrategias: barreras aduaneras para frenar las importaciones, concentración de capitales para eliminar a los productores más débiles, e incremento de la productividad de la fuerza laboral. En los Estados Unidos, por ejemplo, la gestión científica del trabajo, el taylorismo, no sólo permitió producir más en la misma cantidad de tiempo sino que debilitó la capacidad negociadora de los sindicatos y posibilitó el uso de una fuerza laboral no calificada y no sindicalizada. Otra respuesta a la crisis fue ocupar territorios extraeuropeos en busca de mercados, materias primas y fuentes de inversión; en otras palabras, el imperialismo.

Desde mediados de la década de 1890 comenzaron a subir los precios –y con ellos, los beneficios– gracias al mercado de consumo en expansión formado por las poblaciones urbanas de las principales potencias industriales y las regiones en vías de industrialización. La belle époque fue una etapa de crecimiento económico e integración; fueron los años dorados de un capitalismo cada vez más global que se derrumbó en el período de entreguerras para resurgir a fines del siglo XX.

Entre 1896 y 1914, las economías nacionales se integraron al mercado mundial a través del libre comercio, la circulación de los capitales y la movilidad de la fuerza laboral en virtud de las migraciones, principalmente desde Europa hacia América. El comercio mundial prácticamente se duplicó entre 1896 y 1913, correspondiéndole al imperio británico casi una tercera parte. Hubo protección a la industria incipiente, pero en general el mer-

cado de productos agrícolas e insumos intermedios siguió siendo libre y fluido.



Primer cabaret artístico de Montmartre fundado por Rodolphe Salis en noviembre de 1881. Su éxito se debió en parte a la inclusión innovadora de un teatro de sombras que proyectaba siluetas de cinc iluminadas por luces de colores sobre una pequeña pantalla, acompañadas por la música del piano instalado en el café.

Las inversiones internacionales aumentaron rápidamente con los capitales británicos a la cabeza y su afán de tender líneas férreas para abaratar el traslado de alimentos y materias primas requiri-